

Un pañuelo de pirata

Ximo Cerdà

Dibujos de Jordi Sunyer





1

Motivos por los que el papá de Lucas
es el mejor papá del mundo

Lucas tenía diez años y había muchas cosas de las que no estaba seguro.

Por ejemplo, y a pesar de todos los esfuerzos de la señorita Guirau, su profesora de Lengua, no estaba en absoluto seguro de cuándo tocaba escribir la *a* con hache o sin ella. ¡Menudo lío! ¿Quién había decidido que algunas veces se escribiera con y otras sin? Y, lo que era peor, que algunas veces la hache se escribiera delante... ¡y otras detrás! Vaya una manera de complicarles la vida sin necesidad.

Tampoco estaba seguro de si eran las estalactitas las que crecían de arriba hacia abajo y las estalagmitas de abajo hacia arriba, o era al revés. Alguien debería hablar con los señores que ponen nombres a las cosas para decirles que igual deberían reconsiderar sus decisiones y ser algo más descriptivos. Y —esto le daba algo más de vergüenza— no estaba seguro de saberse la tabla del siete. De todas las demás, sin problemas. La del cinco podía recitarla de carrerilla y la del tres, no digamos. Pero la del siete se le resistía. Sobre todo si le preguntaban de un modo súbito, tal como le gustaba hacer a don Leopoldo, el de mates.

—¿Siete por ocho? —decía, apuntándolo amenazadoramente con el dedo en mitad de una explicación.

—¿Siiiiieteeee por ooooochooooo? —repetía Lucas, alargando los números, para darse tiempo a pensar—. Cincuenta y cuaaa... cincuenta y sssss... sesenta y ddddd...

Luego, los compañeros de clase empezaban a soltar risitas por lo bajini, la cara de Lucas enrojecía, don Leopoldo pedía silencio y se ponía a hablar de lo importante que era saberse las tablas

de multiplicar de memoria y bla, bla, bla, y Lucas aprovechaba las circunstancias para contar con los dedos de tapadillo antes de asegurarse de que la respuesta correcta era cincuenta y seis.

¿O era cincuenta y dos?

Otra cosa de la que no estaba en absoluto seguro era de que no existieran los monstruos, los fantasmas, los gigantes o los hombres-lobo, tal como las personas mayores se empeñaban en sostener de un modo tan insistente. ¿No existían o no les convenía que se supiera que existían? Y, si no existían, ¿por qué salían en tantos libros y películas? Algo olía a chamusquina en todo ese asunto.

Sí, había muchas cosas sobre las que Lucas mantenía lo que podríamos denominar una *duda razonable*. Pero había una cosa de la que sí estaba seguro.

Lucas estaba seguro de que su padre, Damián Sicluna, era el mejor papá del mundo.

Decir aquello podía parecer una exageración, pero él sabía que no. Era una verdad absoluta que, como todas las verdades absolutas, era susceptible de ser comprobada científicamente. Esta última frase la había sacado de su libro de ciencias naturales. No entendía muy bien algunas pala-

bras, como *susceptible*, pero había comprendido la idea: para asegurar que una cosa era verdad, era necesario comprobarla empleando un método rigurosamente científico.

Y eso hizo. Diseñó un método rigurosamente científico para demostrar que su padre era el mejor papá del mundo. Arrancó una hoja de papel de su cuaderno y escribió:

Nombre del sujeto: Damián Sicluna

Listado A: Motivos por los que es el mejor papá del mundo

A continuación, empezó a enumerar, una por una, todas las razones que le venían a la cabeza para dar soporte a su afirmación. La hoja de papel empezó a llenarse de frases tales como:

- Tiene un trabajo guay (es guionista de la televisión). Pero, además, ¡siempre tiene tiempo libre para jugar conmigo!
- Me acompaña al cole los lunes, miércoles y viernes, y viene a por mí por la tarde los martes y los miércoles.
- Lo sabe TODO sobre cómics y superhéroes.

- Cocina muy bien.
- Se sienta conmigo a ver dibujos animados. Y parece que le gustan.
- Cuando hago algo mal, en lugar de regañarme y ponerse a gritar, tranquilamente me explica qué es lo que he hecho y las consecuencias de mis actos.
- Dice cosas raras pero divertidas. Por ejemplo, cuando algo me cuesta mucho o no me sale, me dice: “¡Usa la fuerza, Luc-As!”.
- Cuando estamos viendo una película los tres juntos y salen escenas de besos, me mira y hace el tonto. Mamá lo mira y le dice que no haga el tonto. Y él sigue haciendo el tonto hasta que consigue que mamá se ría también.
- Tararea canciones haciendo pedos con la boca.

Y otras cosas por el estilo. En pocos minutos, había llegado al final de la hoja, y todavía se le ocurrían algunos motivos más. Pero, para hacer las cosas bien hechas, científicamente bien hechas, arrancó una segunda hoja y decidió que esta la iba a dedicar a la segunda parte de su argumentación. Muy solemne, escribió en la cabecera:

Nombre del sujeto: Damián Sicluna

Listado B: Motivos por los que no es el mejor papá del mundo.

Y, tal como había hecho en el caso anterior, se dispuso a pensar motivos. Le costó un poco más, pero, al cabo de unos momentos, empezó a escribir frases como:

- No sabe nada de deportes. Absolutamente nada.
- Nunca encuentra lo que está buscando, ni siquiera teniéndolo delante de las narices.
- Canta muy mal.

Ojo. El que hubiera elementos en esta lista no quería decir que Damián Sicluna no fuera el mejor papá del mundo. Solo que no era perfecto.

La confección de las listas era únicamente el primer paso en su investigación. El auténtico trabajo de campo venía a continuación: se trataba de evaluar al resto de los padres en función de los motivos aportados. Así que, como un alumno aplicado y trabajador, Lucas se embarcó en la tarea de estudiar a tantos padres como le fuera posible.



Pronto se dio cuenta de que era imposible encontrar a ninguno que reuniera todas las características del listado A. Algunos padres tenían trabajos que podrían considerarse guais, pero esto les impedía tener tiempo para jugar con sus hijos. La inmensa mayoría de los padres serían incapaces de distinguir dos versiones diferentes del Hombre-Hormiga-Gigante pertenecientes a dos universos paralelos, y muy pocos podrían tararear con pedos la melodía de la marcha imperial de *La batalla de las estrellas*.

Había padres que sí que puntuaban en las características del listado B, pero, por lo general, eso les hacía perder muchas del listado A. El padre de Germán, por ejemplo, era un hacha de los deportes. Se sabía todas las alineaciones de todos los equipos de fútbol y de baloncesto. Pero casi siempre estaba enfadado, tenía muy poca paciencia y, a la mínima, le gritaba a Germán. El padre de Rebeca cantaba muy bien; de hecho, tenía uno de los trabajos considerados más guais de la clase: era cantante de un grupo musical. Pero pasaba poco tiempo en casa porque casi siempre estaba de gira, y Rebeca solía decir que lo echaba mucho de menos.

Y así era, en general. Cada vez que Lucas estudiaba a un nuevo padre y lo sometía a los listados, el suyo seguía quedando, comparativamente, mejor que el resto. Así, aumentaba su confianza en la hipótesis de partida: que tenía el mejor papá del mundo, y que era una hipótesis válida.

Satisfecho de la marcha de su investigación, Lucas se planteó iniciar un segundo estudio, paralelo al primero, para demostrar que su madre, Lena Font, también era la mejor mamá del mundo. Pero, entonces, una serie de cosas ligeramente extrañas y sospechosas que, desde hacía un tiempo, pasaban en su casa se convirtieron en cosas *realmente* extrañas y sospechosas. Tan extrañas y sospechosas que consiguieron hacer que Lucas perdiera el interés por seguir adelante con su estudio. Ahora tenía otro objetivo en mente.

Algo misterioso estaba sucediendo en casa de los Sicluna.

Y él iba a averiguar qué era.